

Italo Svevo

*Vino generoso
y otros relatos*

Traducción de Luisa Juanatey y Francesca Peretto

P A S O S P E R D I D O S

Diseño de cubierta: Editorial Pasos Perdidos S.L.
Imagen de cubierta: Anita Réé, *Weißer Bäume*, c. 1922-1925.
Maquetación: Daniel F. Patricio

© de esta edición, Editorial Pasos Perdidos S.L., 2015
© de la traducción, Luisa Juanatey y Francesca Peretto, 2015

ISBN: 978-84-943434-6-9

Depósito legal: M-32649-2015

Impreso por Estugraf impresores

Cualquier formato de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede hacerse con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Vino generoso

Se casaba una sobrina de mi mujer, a esa edad en que las muchachas dejan de ser tal cosa para degenerar en solteronas. Hasta hacía poco la pobrecilla rehusaba vivir. Pero finalmente la presión familiar logró atraerla de nuevo a la vida y, renunciando a sus anhelos religiosos de pureza, aceptó entrar en relaciones con el joven que su familia ya tenía pensado como un buen partido. Rápidamente, adiós a la religión y a los sueños de virtud en soledad, y enseguida se puso fecha a la boda para antes incluso de lo que los parientes habrían deseado. Y ahora estábamos en la cena de vísperas de la boda.

Yo me reía como el viejo licenciado que soy. ¿Qué había hecho aquel joven para conseguir tan rápida mutación? Seguramente, estrecharla entre sus brazos para que ella sintiera el placer de vivir: antes que convencerla la había seducido. Por eso era tan necesario que todos les desearan mil enhorabuenas. Todo el mundo necesita que al casarse le deseen la

enhorabuena, pero aquella muchacha más que nadie. Qué catástrofe, si un día tenía que lamentar el haber consentido en retomar aquella senda que a ella le repugnaba por instinto. Y alcé yo también mi copa más de una vez deseándoles felicidad, y hasta les dediqué algún brindis especialmente elaborado: «Vivid contentos uno o dos años y así, agradecidos por haber gozado, podréis sobrellevar mejor los restantes, largos, años. Tras el goce nos queda la nostalgia, que no deja de ser dolor, pero un dolor que tapa ese otro dolor fundamental y verdadero, el de la vida».

La novia no parecía sentir necesidad de tantos parabienes. Es más, yo creía ver fijada en su rostro una expresión de confiado abandono, la misma expresión, por cierto, que tenía antes cuando proclamaba su voluntad de recluirse en un convento. También ahora formulaba el voto de ser feliz toda la vida. Hay quien en este mundo siempre está haciendo votos. ¿Cumpliría este nuevo mejor que el anterior?

Todos los demás comensales estaban alegres con gran naturalidad, con la naturalidad con que siempre lo están los espectadores. La que a mí me faltaba por completo. Para mí también era memorable la ocasión. Mi mujer había conseguido que por aquella noche el doctor Paoli me autorizase a comer y beber como todos los demás. ¡La libertad!, tanto más preciosa cuanto que estaba advertido de que,

acto seguido, me sería arrebatada. Y me comporté como un jovenzuelo la primera vez que le dan las llaves de su casa. Comía y bebía no por hambre ni por sed sino por ansia de libertad, para hacer de cada bocado y cada sorbo una afirmación de mi independencia. Abría la boca de más al introducir cada bocado, y el vino pasaba de la botella al vaso hasta hacerlo rebosar y en cuanto me lo servía apenas le daba un instante de descanso. Sentía un ansia frenética de moverme y allí, clavado a la silla, tuve la auténtica sensación de estar corriendo y saltando igual que un perro al que le sueltan la cadena.

Empeoró las cosas mi mujer contándole a su vecina a qué régimen estaba yo sometido normalmente mientras mi hija Emma, de quince años, escuchaba y se daba importancia completando el relato de la mamá. ¿Es que se habían propuesto recordarme la cadena hasta en aquel momento en que me veía libre de ella? Describieron mi tortura completa: cómo pesaban la poca carne que me estaba permitida al mediodía, y cómo le quitaban todo el sabor; y que por la noche no había nada que pesar porque la cena consistía en un bollito de pan con una pizca de jamón y un vaso de leche caliente sin azúcar que me daba náuseas. Y mientras lo contaban, yo hacía la crítica de la ciencia del médico y del cariño de ellas.

¿Pues, si tan estragado estaba, cómo era admisible que ese día mi organismo, sólo porque por fin conseguimos casar a la que por su propia voluntad no

se habría casado, de repente pudiera tolerar tal cantidad de cosas indigestas y perjudiciales? Y bebiendo me preparaba para la rebelión del día siguiente. Iban a ver lo que era bueno.

Los demás se dedicaban al champán, pero yo me tomé unas cuantas copas para responder a los sucesivos brindis y enseguida volví al vino común de mesa. Era un vino de Istria seco y genuino. Lo había mandado para la ocasión un amigo de la familia. Yo, que amaba aquel vino como se ama a un recuerdo, no desconfié de él, y tampoco me extrañó que en lugar de alegrarme y hacerme olvidar lograra hacer que la ira fuese creciendo en mi ánimo.

¿Cómo no iba a estar furioso? Me habían hecho vivir una temporada desgraciadísima. Asustado, reducido a un estado lastimoso, dejé morir toda inclinación generosa en mí para dejar sitio a gotas, pastillas y polvitos. Adiós al socialismo, ¿qué podía importarme a mí que la tierra, contra cualquier deducción científica más ilustrada, siguiera siendo objeto de propiedad privada; y que por esa razón les fuera negado a tantos el cotidiano pan y la porción de libertad que debiera embellecer cada día de la vida humana? ¿Tenía yo acaso lo uno ni lo otro?

Durante aquella dichosa cena intenté volver a ser enteramente el que solía. Mi sobrino Giovanni, un grandullón que pesa más de cien kilos, empezó a contar chascarrillos sobre lo espabilado que era él en los negocios y lo pazguatos que eran los demás.

Y oyéndole hablar con aquella voz estentórea, hallé de nuevo en mi alma el antiguo altruismo y le dije alzando la voz:

—¿Y qué vas a hacer tú cuando entre los hombres la lucha ya no sea lucha por el dinero?

Se quedó un momento alelado ante mis palabras cargadas de significado, que de golpe venían a desbaratar todo su mundo. Me miró con ojos agrandados por los cristales de las gafas, a ver si en mi cara encontraba alguna explicación con que orientarse. Lo miraban todos, dispuestos a reírle una de esas réplicas típicas de materialistón listo e ignorante, de espíritu ingenuo y malicioso, que siguen sorprendiendo aunque ya eran viejas cuando las empleaba Sancho Panza. Y para ganar tiempo me contestó que el vino, que en general altera la visión del presente, a mí me perturbaba la del futuro. No estaba mal; pero en seguida pensó que se le había ocurrido algo mejor y exclamó:

—Cuando ya nadie luche por el dinero, yo me lo quedaré todo para mí sin necesidad de luchar. ¡Para mí todo, todo!

Hubo grandes risas, sobre todo al verle repetir el gesto de abrir sus brazos enormes con las palmas abiertas y, luego, cerrar los puños para que se viera cómo agarraba el dinero que le iba a llegar de todas partes. Continuó la discusión y nadie se daba cuenta de que yo mientras no hablaba bebía. Y bebía mucho y decía poco porque estaba pendiente de

observar mi interior a ver si finalmente se colmaba de buena voluntad y de altruismo. Me notaba un leve ardor allí dentro. Un ardor interior que a continuación se expandiría en esa agradable tibieza de sentirse joven que el vino nos proporciona, desdichadamente solo por breve tiempo.

Y en espera de que eso ocurriese le grité a Giovanni:

—Si te quedas con todo el dinero que los demás no quieran, te encerrarán en una mazmorra.

Pero él me contestó, rápidamente:

—Y yo corromperé a los carceleros y haré que encierren a quienes no tendrán dinero para corromperlos.

—Pero el dinero ya no corromperá a nadie.

—¿Pues entonces por qué no dejármelo a mí?

Yo perdí los estribos y vociferé:

—¡Te ahorcaremos! ¡Es lo que te mereces: la soga al cuello y unos pesos en las piernas!

Me interrumpí, aturdido. Me pareció que lo que había dicho no respondía exactamente a mis pensamientos. ¿Luego yo era así? Desde luego que no. Reflexioné: ¿qué hacer para restablecer mi afecto hacia todos los seres vivos, entre los cuales obviamente se contaba Giovanni? Le sonreí en seguida haciendo un enorme esfuerzo por rectificar, por perdonarlo y amarlo. Pero él me lo impidió porque, sin reparar en mi benevolente sonrisa, dijo como quien se resigna a constatar una monstruosidad:

—Ya. Todos los socialistas, en la práctica, acaban aplicando las artes del verdugo.

Me había vencido. Pero yo lo odié porque envidiaba mi vida entera, incluida la de cuando aún no había acudido al médico, y que yo añoraba por lo radiante que me parecía. Me había vencido al manifestar aquella misma duda que tanto me angustiaba a mí antes de que él la expresase.

Y entonces me llegó un castigo más. Mi hermana dijo, mirándome complacida: «¡Qué bien está!». Desdichadas palabras, pues mi mujer, en cuanto las oyó, vio venir que aquel excesivo bienestar que me coloreaba el rostro podía degenerar en un malestar igual. Se espantó como si acabaran de avisarla de un peligro inminente y se lanzó a mi asalto con furia:

—¡Basta! ¡Basta! —exclamó— ¡Deja esa copa!

Llamó en su auxilio a un tal Alberi que se sentaba a mi lado, y que era uno de los hombres más altos de la ciudad, delgado él, de aspecto saludable, si bien usaba gafas como Giovanni.

—¡Arránquele esa copa de las manos, tenga la bondad!

Y, al ver que Alberi vacilaba, sofocada y llorosa:

—Señor Alberi, tenga la bondad, quítele la copa.